

Comentario al
texto bíblico

CRECIENDO
EN NUESTRA
RELACIÓN
CON DIOS

LA FE

II TRIMESTRE - 2026

CUANDO EL CORAZÓN RECHAZA LA LUZ

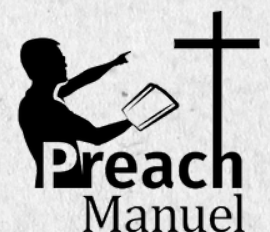
“Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole señal del cielo, para tentarle” (Marcos 8:11).

Después de haber visto milagros extraordinarios, sanidades imposibles y manifestaciones evidentes del poder divino, los fariseos todavía se acercaron a Jesús demandando una señal más. A simple vista parecería que estaban buscando evidencias para creer, pero el evangelio revela la verdadera intención de su corazón: acudieron a Cristo **“para tentarle”**.

Este detalle cambia completamente la escena. El problema no era falta de pruebas; el problema era una incredulidad deliberada. Jesús, quien conocía perfectamente lo que había en el interior del hombre, discernió inmediatamente que aquellas personas no estaban buscando sinceramente la verdad. Querían justificar su rechazo al Mesías.

Por esa razón Cristo respondió: *“¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación” (Marcos 8:12).*

Resulta impactante pensar que el mismo Salvador que había mostrado tanta misericordia hacia publicanos, pecadores y necesitados, ahora se negara a conceder una señal. ¿Por qué? Porque **las señales no producen fe en un corazón que decidió previamente resistir la luz.**



CUANDO EL CORAZÓN RECHAZA LA LUZ

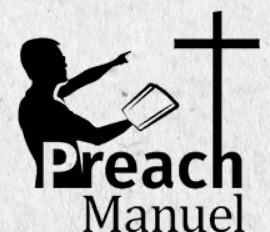
Jesús enseñó este mismo principio en la parábola del rico y Lázaro. Allí declaró que, aunque alguno se levantara de los muertos, muchos no creerían igualmente. Y el cumplimiento de esto fue evidente cuando Lázaro, amigo de Cristo, resucitó. Lejos de arrepentirse, los dirigentes religiosos endurecieron aún más su oposición.

“Ni aun si alguno se levantara de los muertos, se persuadirán” (Lucas 16:31).

La incredulidad persistente tiene un efecto terrible sobre la conciencia. Cada vez que la luz es rechazada, el corazón se vuelve más insensible a las impresiones del Espíritu Santo. Por eso llega un momento en que las evidencias dejan de conmover. No porque Dios no tenga poder para convencer, sino porque el hombre ha decidido cerrar voluntariamente su corazón.

Y esto fue exactamente lo que ocurrió con los líderes de Israel. Ellos no rechazaron a Jesús por ignorancia. Conocían las Escrituras, estudiaban las profecías y podían reconocer las señales mesiánicas. El verdadero conflicto era que **Cristo no convenía a sus intereses personales.**

El Mesías confrontaba su orgullo, desenmascaraba su hipocresía y amenazaba la autoridad religiosa que habían construido. Por eso decidieron rechazarlo.



CUANDO EL CORAZÓN RECHAZA LA LUZ

“Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio... y desde aquel día acordaron matarle”
(Juan 11:47,53).

Qué solemne lección para nuestra vida espiritual. Muchas veces el problema no es ausencia de verdad, sino resistencia a obedecerla. Cuando la Palabra de Dios confronta nuestros hábitos, nuestro orgullo o nuestros propios planes, existe el peligro de endurecer el corazón tal como lo hicieron los fariseos.

Por esta razón es tan importante andar humildemente en la luz recibida. Cada convicción producida por el Espíritu Santo debe ser apreciada y obedecida. **La fe verdadera nace en un corazón dispuesto a dejarse corregir por Dios.**

Esto no significa que el Señor no pueda realizar intervenciones extraordinarias. Saulo de Tarso, por ejemplo, recibió una manifestación milagrosa de Cristo camino a Damasco. Pero aquella experiencia fue una obra soberana y excepcional de Dios.

CUANDO EL CORAZÓN RECHAZA LA LUZ

Lo normal es que la conciencia responda progresivamente a la luz recibida. Cuando una persona rechaza continuamente la voz divina, se vuelve cada vez más difícil discernirla. En cambio, quien acepta sinceramente la verdad recibe mayor claridad, mayor sensibilidad espiritual y una comunión más profunda con el Señor.

¡Cuán necesario es entonces permitir que la Palabra examine nuestro corazón y obedecer humildemente todo aquello que Dios nos muestra!

LA FE QUE SE AFERRA A LA PALABRA

“Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora” (Mateo 15:28).

Los evangelios presentan algunos episodios en los que Cristo se maravilló de la fe de ciertas personas. Resulta profundamente significativo que, en ambos casos, se tratara de personas gentiles. Una mujer cananea y un centurión romano recibieron de labios del propio Jesús uno de los reconocimientos más extraordinarios que puede recibir un ser humano: poseer una fe grande.

¿Y qué tenía de especial aquella fe? ¿Qué fue lo que Cristo vio en ellos?

La historia de la mujer cananea es realmente conmovedora. Su hija estaba gravemente atormentada por un demonio, y aquella madre, desesperada, se acercó a Jesús clamando por misericordia. Sin embargo, la respuesta inicial de Cristo parece dura: *“No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”*.

Luego añadió una expresión todavía más impactante: *“No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos”* (Mateo 15:26).

LA FE QUE SE AFERRA A LA PALABRA

Para los judíos de aquella época, los pueblos gentiles eran vistos como naciones inmundas. Por eso utilizaban la figura de animales impuros para representarlos. Pero lo extraordinario de esta mujer fue que, lejos de ofenderse o retirarse, **aceptó humildemente su necesidad y se aferró al poder de Cristo.**

“Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos” (v.27).

¡Qué respuesta tan extraordinaria! Aquella mujer entendió que incluso una “migaja” del poder del Mesías bastaba para liberar a su hija. Ella creyó que lo más pequeño proveniente de Cristo era infinitamente más poderoso que toda la fuerza del enemigo.

Y precisamente allí estaba la esencia de su fe: **confió plenamente en que el poder de Cristo era suficiente para ella, aun cuando parecía no tener derecho alguno a recibirlo.**

Esta fe cruzó barreras culturales, religiosas y nacionales. Mientras muchos israelitas rechazaban al Mesías, una mujer gentil se aferró desesperadamente a su misericordia. Por eso Jesús declaró: *“Oh mujer, grande es tu fe”*.

LA FE QUE SE AFERRA A LA PALABRA

Qué poderosa lección para nuestra vida espiritual. El cielo nunca desprecia a un alma que reconoce sinceramente su necesidad y se aferra humildemente al Salvador. La fe verdadera no nace del orgullo espiritual ni de la autosuficiencia; nace de reconocer nuestra total dependencia de Cristo.

Algo similar ocurrió con el centurión romano en Lucas capítulo 7. Cuando el siervo del centurión enfermó gravemente, algunos ancianos judíos acudieron a Jesús para pedir ayuda. Y al hacerlo, argumentaron que aquel hombre era digno de recibir el milagro porque amaba a la nación judía y había construido una sinagoga.

Pero cuando el centurión habló personalmente, sus palabras revelaron un espíritu completamente diferente. *“Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo”* (Lucas 7:6).

Mientras los dirigentes religiosos hablaban de méritos, el centurión reconocía humildemente su indignidad. Y aun así, poseía una confianza absoluta en la autoridad de Cristo.

“Di la palabra, y mi siervo será sano” (v.7). Aquí encontramos una de las definiciones más profundas de la fe en toda la Escritura: **la fe consiste en creer que la palabra de Dios hará exactamente aquello que Él ha dicho.**



LA FE QUE SE AFERRA A LA PALABRA

El centurión entendía el principio de autoridad. Así como sus soldados obedecían sus órdenes inmediatamente, él sabía que toda la creación obedecía la voz del Hijo de Dios. Bastaba una palabra de Cristo para derrotar la enfermedad y restaurar la vida de su siervo.

Y Jesús se maravilló de aquella confianza. “*Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe*” (v.9). La verdadera fe se aferra a las promesas divinas aun cuando no puede ver inmediatamente el resultado. Cree en el poder de la palabra de Cristo, descansa en ella y espera pacientemente su cumplimiento.

¡Bendito sea Dios porque el Salvador jamás rechaza a un alma que, reconociendo su debilidad, se aferra sinceramente a su palabra!

LA FE QUE ESPERA EL CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

Muchas veces leemos este versículo de manera aislada, pero el propio contexto de Hebreos nos explica claramente qué significa esta definición de la fe. Justo antes de llegar al capítulo 11, el apóstol declara: *“Os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa” (Hebreos 10:36).*

¿Y cuál es esa voluntad de Dios? El mismo pasaje lo responde: **esperar con paciencia el cumplimiento de la promesa divina.**

Luego añade: *“Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (v.37).* De manera que la esperanza central del creyente es la venida de Cristo y el cumplimiento final de todas las promesas de Dios.

Por eso la fe no es un simple sentimiento religioso ni un optimismo humano. **La fe es descansar en la certeza de que Dios cumplirá exactamente lo que prometió.**

Y tenemos razones poderosas para confiar. El argumento de Pablo en Romanos 8 es extraordinario: si Dios ya entregó a su propio Hijo a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará juntamente con Él todas las cosas?

LA FE QUE ESPERA EL CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA

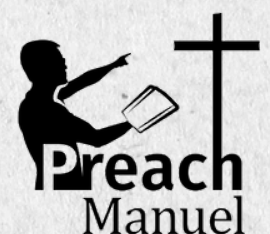
“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32).

La cruz es la evidencia suprema de que las promesas divinas son seguras. Cristo murió y resucitó verdaderamente. Son hechos históricos irrefutables. Y si Dios cumplió aquello que parecía imposible, también cumplirá cada palabra que ha pronunciado sobre nuestra vida.

Ahora bien, Hebreos añade otro elemento fundamental: la fe es también *“la convicción de lo que no se ve”*. ¿Y qué es aquello invisible en el contexto del capítulo? El mismo versículo 3 lo explica:

“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios” (Hebreos 11:3).

El universo visible fue creado por una palabra invisible. Todo lo que existe permanece sostenido por el poder de esa palabra divina. El sol sale cada mañana, la creación continúa existiendo y la vida sigue fluyendo porque Dios sostiene todas las cosas mediante su palabra.



LA FE QUE ESPERA EL CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA

Por eso podemos confiar en sus promesas. **La misma voz que creó el universo es la voz que prometió salvarnos, sostenernos y llevarnos hasta el final.**

Todos los ejemplos de Hebreos 11 apuntan precisamente a esta realidad. Noé creyó en algo que nunca había ocurrido antes: un diluvio universal. Y porque creyó en la palabra de Dios, construyó el arca. *“Por la fe Noé... preparó el arca”* (Hebreos 11:7).

La fe siempre descansa en el carácter fiel de Dios. Por eso el creyente puede aferrarse a las promesas divinas y presentarlas delante del Señor en oración. No porque Dios esté obligado por el mérito humano, sino porque Él mismo dio su palabra.

LA FE DE JESÚS Y LA VICTORIA DEL REMANENTE

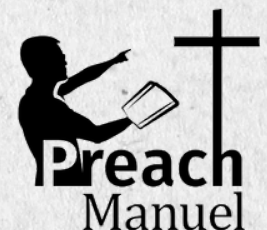
“Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

La Biblia declara que el pueblo final de Dios posee dos características fundamentales: guarda los mandamientos de Dios y tiene la fe de Jesús. Durante muchos años se enfatizó profundamente la importancia de la ley divina, pero el cielo también quería dirigir la atención de su pueblo hacia otro aspecto igualmente esencial: **la fe que proviene de Cristo mismo.**

Hebreos 12 declara que Jesús es *“el autor y consumidor de la fe”*. Esto significa que la fe verdadera no nace naturalmente en el corazón humano. La fe es una respuesta a la iniciativa divina. Dios obra primero en nosotros mediante su Espíritu, y entonces el alma responde confiando en Él.

Pero Cristo no es autor de la fe simplemente porque la enseñó. Jesús originó esta fe viviéndola personalmente en medio de la prueba más terrible de la historia: la cruz. *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”* (Hebreos 12:2).

En Getsemaní y en el Calvario, Cristo atravesó una oscuridad indescriptible. Sintió el peso del pecado del mundo y experimentó la angustia del abandono. Según la descripción inspirada, Jesús no podía ver más allá de la tumba ni sentir con claridad la aceptación inmediata de su sacrificio por parte del Padre.



LA FE DE JESÚS Y LA VICTORIA DEL REMANENTE

Allí se manifestó la fe de Jesús: **una confianza absoluta en el carácter del Padre aun cuando las emociones y las circunstancias parecían contradecir toda esperanza.**

“Por la fe confió en aquel a quien había sido siempre su placer obedecer” (DTG, p.704).

Cristo venció por la fe. Y precisamente esa fe es la que ahora desea impartir a su pueblo. La fe que sostuvo a Jesús en su crisis final será la misma que sostendrá al remanente de Dios en el tiempo final.

Esta no es una fe producida por la fuerza humana. Es un regalo nacido de la experiencia victoriosa de Cristo. Él vivió, sufrió y venció como hombre para poder compartirnos su propia confianza en el Padre. Por eso, quien recibe la fe de Jesús recibe al mismo Cristo obrando en su interior. Y esa fe transforma completamente la vida, capacitando al creyente para obedecer, perseverar y permanecer fiel aun en medio de la prueba.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!